



RASGOS ESENCIALES DE LA CONCEPCION IGNACIANA DE POBREZA

P. G. Switek, S.J.

1. MOTIVOS FUNDAMENTALES DE LA POBREZA IGNACIANA

a) *El seguimiento de Jesús hecho pobre por nosotros*

En este trabajo hemos utilizado a menudo la expresión "idea ignaciana de pobreza". En realidad, este modo de hablar no es correcto del todo, pues Ignacio, en último término, no se ha orientado por una idea sino por el ideal concreto de una persona: el ideal de Jesús. La persona de Jesús es el centro de toda la espiritualidad ignaciana y aquí se encuentra también la clave de su concepción de la pobreza. Ignacio no ha desarrollado ninguna teoría sobre la pobreza sino simplemente ha tenido ante sus ojos el ejemplo ideal de Jesús. *Quería ser pobre porque Jesús había sido pobre y como lo había sido.* Su amor a la pobreza era, en el fondo, un amor a su Señor pobre.

Desde su lecho de enfermo en Loyola, Ignacio tenía ante los ojos el "soberano e benigno caudillo", el "Rey de reyes" y "príncipe eterno, Cristo Jesús". En el futuro quería servirle a El, seguirle a El. Pero al principio sólo pensó en imitarle en su pasión; y uno de los principales medios para hacer realidad esta vida de penitencia, debía ser una pobreza tan grande como era posible, siguiendo el ejemplo concreto de los santos, "los caballeros de Dios". Pero en Manresa aprendió a comprender más profunda e ínti-

manente a su Señor. Allí reconoció a Cristo como aquél que ha llamado a los Apóstoles a seguirle y los ha enviado a predicar el Mensaje de Dios; como aquél que todavía hoy llama apóstoles. El mismo Ignacio oyó este llamamiento.

Las experiencias espirituales de Ignacio se han incorporado en los Ejercicios. Aquí se pone como ley suprema el seguimiento-imitación de Cristo ... La respuesta al llamamiento del Rey Cristo consiste en suplicar el querer seguir-imitar a Cristo para soportar toda injuria, todo vituperio, toda pobreza (E. 98), pues esto mismo ha hecho el mismo Jesús "por mí". Este "por mí" lleva al secreto más íntimo del plan de salvación, al último "motivo" de la pobreza de Jesús: a su amor a los hombres, a quienes El quiere donar la salvación y así hacerle ricos. Para corresponder a este amor divino-humano, se asió Ignacio a la pobreza. Por amor a su Señor pobre, humillado y crucificado quiso asimilarse a El, quiso llevar la "librea" de su pobreza e ignominia. Así, el amor a la pobreza se muestra como un aspecto del amor a la cruz. Por eso Ignacio no se daba por contento con lo "común" y buscaba la mayor gloria de Dios. Y la ley fundamental fue tan allá, que quería más bien tener pobreza con el Cristo que vive en la pobreza en lugar de riquezas, aún en el caso de que la riqueza fuera igual gloria de Dios (E. 167).

Este motivo de asimilación cada vez mayor al Señor, que vive en pobreza, siguió siendo determinante para Ignacio durante toda su vida, y lo mismo para sus compañeros que se habían formado con el espíritu de los Ejercicios. En París se consagraron al servicio del Señor en pobreza. Al prepararse en 1536 a la primera misa en la soledad y en grandes privaciones exultaban por poder seguir "desnudos al Cristo desnudo", sabiendo que *quien es pobre en Cristo es, en realidad, indeciblemente rico*. Precisamente entonces tomaron la decisión de contestar que pertenecían a la *Compañía de Jesús*. Poco tiempo después, a Ignacio le fue concedida su súplica de entrar en el séquito de Cristo en la Storta, a las puertas de Roma. Se le concedió esto a él y a sus compañeros.

Cuánto significaba para Ignacio el pensamiento del seguimiento-imitación se hizo visible una vez más en la "e-

lección sobre la pobreza" de 1544. Aquí, los motivos cristológicos fueron los que en primera línea determinaron la vuelta a la concepción más austera de la pobreza ... Si en las Constituciones y demás textos legislativos el motivo del seguimiento-imitación de Cristo se relegó a segundo plano, se debió a que Ignacio suponía la concepción de la pobreza y estaba preocupado, sobre todo, con la institucionalización de la pobreza en su orden.

b) El seguimiento-imitación de los apóstoles enviados a la misión en pobreza

Desde Manresa Ignacio veía en Cristo, en primera línea, no el hombre de la Pasión, sino aquél que llama a los apóstoles y los envía. Por eso, pronto, al motivo del seguimiento del Jesús pobre se juntó el pensamiento del seguimiento-imitación de los apóstoles ... Después de las ilustraciones de Manresa Ignacio sintió el deseo vivo de ayudar a las almas. De la comprensión intuitiva del sitio de Cristo en la obra salvífica le vino también el conocimiento de su propia tarea en el Reino de Dios. El concepto de misión adquirió para él una importancia capital: 1) Dios-Padre había enviado a su Hijo para salud de la humanidad; 2) Jesús, por su parte, había enviado en misión a los apóstoles, que por el anuncio de la Buena nueva colaboraban en su obra salvífica. 3) Esta misión se ha transferido a la Iglesia, en cuyo seno todavía hoy Cristo llama hombres para esta colaboración especial y - por medio de su vicario, el Papa - envía en misión. 4) Ignacio se vio (y luego toda la Compañía) incorporados a esta misión. Con todo, el carácter eclesial de su misión y la necesidad de la mediación por la jerarquía, sólo con el tiempo se le hicieron claros en toda su extensión.

Desde ahora la vocación apostólica le dió a su vida una dirección bien precisa; no obstante que también en el futuro fuese inseguro delante de decisiones concretas. El pensamiento de tener que ayudar a las almas fue la causa de la mitigación de su austeridad penitencial (y por

tanto también de su pobreza), pues vió que esto era un estorbo para el apostolado. La peregrinación a Tierra Santa tomada al principio sólo por espíritu de penitencia y amor a la persona de Jesús, recibió ahora una motivación ulterior: el apostolado permanente en Palestina. Después del fracaso de este plan fue de nuevo el apostolado la motivación para entregarse a los estudios y también para la decisión de no volver a llevar su "sayal", sino de llevar un vestido semejante al de los clérigos.

El ideal de la "vita apostolica" fue también el motivo por el que Ignacio ahora comenzó a buscar compañeros para su vida. La imagen concreta del estilo de vida de los Apóstoles se fomentó conscientemente como se deduce de las preguntas maliciosas de las autoridades eclesiásticas en Alcalá y Salamanca. Según el ideal vivido por los apóstoles enviados por Jesús, los compañeros no querían vivir de bienes raíces o de rentas fijas, sino de limosnas mendigadas y dadas voluntariamente por las gentes. Por sus ministerios espirituales no querían ninguna compensación.

A causa de la meta apostólica adoptó Ignacio en París algunas acomodaciones en su praxis de la pobreza. Del pedir limosna diariamente pasó a una sola colecta anual en gran estilo entre los comerciantes de Flandes, para poder estudiar en paz todo el año. También dejó de permitir a sus discípulos la renuncia inmediata de sus bienes en seguida de los Ejercicios, sino que les hizo esperar hasta la conclusión de los estudios. Pero en cuanto habían terminado los estudios, él y los suyos aceptaron con alegría la oportunidad de vivir la pobreza en toda su estrechez: pedían de limosna su alimento diario; vivían en hospicios de pobres; hacían sus viajes a pie y sin dinero. Su ideal apostólico Ignacio lo resumió en la frase: *predicar en pobreza*.

También en Roma quisieron, al principio, seguir con esta vida, pero pronto se dieron cuenta que por el pedir limosna diariamente se perdía mucho tiempo valioso para el apostolado. Así, Ignacio renunció a que cada uno fuera personalmente a mendigar y transfirió el cuidado de la sustentación de su comunidad que crecía rápidamente a un procurador, que tenía además que proveer para la construcción de

la casa. Para cubrir los gastos, Ignacio permitió rentas fijas para la "sacristía" de las iglesias, de manera que pudieran estar equipadas con todo lo necesario para los peregrinos, como en un hospital-albergue bien instalado. Pero después de pocos años y de nuevo por motivos apostólicos abandonó esta práctica de la pobreza, para lo cual - como lo demuestra la *Deliberatio Paupertatis* - además de los motivos cristológicos, dieron la pauta también motivos apostólicos: la "edificación", la libertad de ataduras y el que fueran espoleados a una laboriosidad apostólica.

También toda la legislación sobre la pobreza en las Constituciones estaba orientada apostólicamente. Aquí Ignacio intentó institucionalizar su visión de la pobreza. La letra de la ley debía ayudar a mantener el espíritu. El ápice de la pobreza apostólica le esperaba al jesuita en la "Missio" apostólica entre creyentes y no-creyentes. Toda la formación del novicio estaba orientada hacia esta "hora de la verdad". También la erección de "casas" y "colegios" con diferente legislación en lo que toca a la pobreza hay que entenderla apostólicamente. La pobreza apostólica total, tal como Ignacio la entendía, se realizaba sólo en las "casas"; los "colegios" debían (originariamente) servir sólo a la formación de los futuros apóstoles.

La austeridad de las regulaciones sobre la pobreza venía temperada por la "discreción", típicamente ignaciana, que deja siempre un campo amplio para la acomodación a las diversas circunstancias y por el principio de la "vida común". Ignacio, incluso como General, ha experimentado hasta el fin de su vida y, conservando su concepción de pobreza, ha tratado de adaptarse a las circunstancias.

c) La confianza en la Providencia del Padre

Este motivo nos lleva al fundamento teológico de la pobreza. En el "tener confianza" o en la esperanza se actualiza la relación fundamental del hombre a Dios: su dependencia total, su ser-inseguro, el ser-dependiente de Aquél que sólo puede dar seguridad. Desde su conversión, Ignacio ha

ejercitado la confianza en tal medida que a veces parece colindar con la temeridad. En su peregrinación a Tierra Santa quería poseer totalmente las tres virtudes: amor, fe y confianza; y por eso renunció a llevar vituallas o dinero o a unirse a un grupo. En realidad nunca le abandonó la ayuda de la providencia y la peregrinación se tornó para Ignacio la escuela superior especializada de la confianza en Dios. Por mucho tiempo siguió siendo su autocaracterización: el "Peregrino". Por eso puso también la peregrinación para los novicios. En 1537, en medio de grandes privaciones, describió sus experiencias con las palabras del Apóstol: "No teniendo nada lo poseemos todo". Pues si Dios ya ha prometido todo a aquellos que buscan primero su Reino, qué les podrá faltar todavía a los que buscan su Reino? De un modo semejante, la bula de 1540 explica la renuncia a bienes raíces y a rentas fijas.

Los motivos de esperanza y confianza, fueron los decisivos para regresar a la pobreza completa en la "elección" de 1544: es más fácil confiar constantemente en Dios cuando no se tiene nada ...

No menos central fue el pensamiento de la confianza en las Constituciones. Confianza, significa aquí, la actitud del hombre que se ha liberado internamente del mundo y no tiene su confianza en el mundo, que no espera su recompensa de esta vida, sino para quien Cristo sólo es la recompensa. Para esto debía servir el pedir limosna de puerta en puerta y el que las casas no tuvieran rentas fijas ... Ignacio estaba tan convencido de la ayuda de Dios, que incluso en los tiempos de extrema necesidad recibía nuevos novicios, porque si Dios llama a uno, también proveerá por él. Había puesta el ancla de su esperanza en la bondad de Dios, que puede, con igual facilidad, alimentar un gran número que un pequeño número.

Pero la concepción ignaciana de la confianza se presentaría de modo incompleto si no se tuviera en consideración, cuánto empeñaba Ignacio sus propias fuerzas para eliminar la necesidad. Utilizar los medios naturales no significaba para él algo así como doblar la rodilla ante Baal? como le echó en cara una vez un co-jesuita, sino doblar la rodilla delante de Dios, que es Creador no sólo de la gra-

cia, sino también de la naturaleza. Al contrario, si no se quisieran utilizar los medios que El envía, significaría tentar a Dios (carta de Polanco por encargo del General a Juan Alvares, *MI Epp.* II, 478-484, en especial 481). Exactamente lo mismo dice Ignacio en la parte X de las Constituciones: Primero hay que poner su confianza en Cristo, pero luego colaborar con él uno mismo y, a saber, no sólo con la ayuda de los medios sobrenaturales, sino con la ayuda de los medios naturales; pero claro está, no para confiar en ellos, sino para de este modo colaborar con la gracia de Dios, que es Creador, tanto de lo natural como de lo sobrenatural (*Co Const.* X, 1-3).

Aquí se ve claramente el progreso frente al supernalismo algo unilateral de los primeros años que siguieron a la conversión. Para el Ignacio maduro ambas cosas se correspondían: confianza absoluta en la Providencia del Padre, pero también empleo de todos los medios naturales.

A estos "medios" pertenecían también los bienhechores que eran don de Dios. Eran los "instrumentos", por medio de los cuales Dios daría lo que se necesitaba para cada día. Ignacio agradecía a estos bienhechores el que pudiera *servir a Dios en pobreza*, sin la ayuda de parientes o rentas. De la conciencia de tener su hogar en la Providencia de Dios en toda pobreza, crecía aquella alegría íntima a la que hacen alusión la *Prima Instituti Summa* y la bula *Regimini militantis Ecclesiae*. Así la confianza en la Providencia se muestra como una virtud que está vinculada estrechamente con el seguimiento-imitación de los apóstoles.

d) *La ascesis como preparación
para la "hora de la verdad"*

Si tratamos aquí los motivos ascéticos por separado, es sólo por motivos prácticos. Pues abstrayendo del motivo de la "penitencia" al que Ignacio renunció pronto, muchos de los motivos ascéticos para la pobreza se dejan comprender como motivos apostólicos en cuanto deben preparar al individuo internamente a las exigencias del apostolado. Así

en los consejos ascéticos para los Ejercicios se trata de la liberación interna de las cosas para poder servir mejor a Dios (E. 97, 98, 155, 157, 189). Cuando Ignacio o sus compañeros mencionan motivos ascéticos, en la mayoría de los casos, se trata de quitar de en medio obstáculos para el seguimiento de Cristo por medio de la superación de sí mismo. Esto vale también de los experimentos de los candidatos y novicios ... Por tanto, la mortificación no tenía su fin en sí misma o en la generación de la apatía estoica, sino que estaba orientada al apostolado, sea como prueba de idoneidad, sea como preparación para "la hora de la verdad". Ignacio estaba convencido que quien no puede pasar un día sin comer o una noche sin suficiente sueño no podría aguantar mucho en la Compañía de Jesús.

2. FORMAS FUNDAMENTALES DE LA POBREZA IGNACIANA

Ignacio quería ser pobre *porque* Jesús y los apóstoles eran pobres, pero también *como* ellos eran pobres. Orientaba su práctica de la pobreza de acuerdo al evangelio; es decir, en el ejemplo concreto de Jesús y de los apóstoles. Como sucedía a menudo entonces, también Ignacio vió al principio la Sagrada Escritura como un libro de ejemplos en el que se presentaban al individuo virtudes y modos de obrar para que los imitara. A esto se añadía, que Ignacio vió la pobreza del Nuevo Testamento, al principio, principalmente desde la perspectiva franciscana. Pero con el tiempo tuvo lugar un proceso de maduración en cuanto pasó de la pura imitación externa a la apropiación de la actitud interna, propiamente decisiva, a partir de la cual podía decidir libremente en los casos particulares, sin tener que regirse servilmente por el ejemplo a imitar.

La variedad de las formas de pobreza, vividas por Ignacio, pueden reducirse, tal vez, a las siguientes orientaciones básicas:

- a) renuncia de bienes
- b) vivir de limosnas
- c) gratuidad de los ministerios
- d) "vita communis"
- e) "vida común a los honestos sacerdotes"
- f) estilo de vida pobre
- g) servicio a los pobres
- h) predicación de la pobreza

a) Renuncia a los bienes

Al principio de su nueva vida esta renuncia a los bienes de esta tierra Ignacio abandona su familia, su herencia modesta, su profesión, su patria. Su daga quedó como exvoto en Montserrat; sus vestidos los recibió un mendigo. Los primeros compañeros hicieron la misma renuncia, que sólo se puso en práctica al fin de los estudios. De la misma manera Ignacio exigió de todo aquél que quería entrar en su Orden, una total renuncia de bienes y derechos, mundanos o eclesiásticos. Había que poner en práctica tal decisión, a más tardar, antes de hacer los últimos votos. Sobre esta renuncia fundamental se construyeron luego las formas posteriores de pobreza y las posteriores exigencias de pobreza.

b) Vivir de limosnas

Ignacio eligió la forma de vida que consideraba como apostólica. En los primeros años después de su conversión no tenía ningún hogar, sino que vivía en hospitales o con bienhechores. Tenía para su sustento sólo las limosnas o pedidas por el amor de Dios o dadas voluntariamente. En el curso de sus estudios - enseñado por la experiencia - de acuerdo a las reglamentaciones se metió de interno en un colegio y substituyó el mendigar cotidiano con una colecta organizada.

Del mismo modo obraron sus compañeros durante los estudios, pero apenas los habían terminado, cuando volvieron a mendigar y a vivir en hospitales.

Al principio Ignacio quiso conservar esta reglamentación para su Orden. La Bula de 1540 no preveía para la Compañía como tal ninguna entrada fija ni ningún derecho a poseer bienes inmuebles. Sólo el uso les estaba permitido. Qué idea se hacía Ignacio de las funciones de una Casa de la Compañía lo muestra claramente la comparación con un albergue de peregrinos bien equipado. Pero por la nueva bula de 1550 se reconoció a la Compañía el derecho de propiedad de los edificios necesarios y de los objetos de uso. En cambio, tras un corto tiempo de experimentar, Ignacio excluyó para siempre rentas fijas. Aunque se conservó fundamentalmente el principio de vivir de limosna ... los medios necesarios para el sustento los procuraba un procurador. Incluso bajo la presuposición de la buena voluntad de los amigos y bienhechores, el carácter de inseguridad se conservó al menos, en principio: La Compañía no tenía derecho para reclamar judicialmente limosnas dadas para un tiempo ilimitado. Así se mantuvo en lo esencial la legislación de los mendicantes, en lo que toca a la pobreza, para el núcleo de la Orden. Los escolares no se consideraban como jesuitas en el sentido pleno de la palabra.

c) Gratuidad de los ministerios

La gratuidad de los ministerios, para Ignacio, estaba vinculada estrechamente con su concepción de la pobreza apostólica. En el Evangelio (Mt. 10,8) Ignacio había leído cómo Jesús envió a los apóstoles a predicar el evangelio. Tenían que dar gratis los que habían recibido gratis. Esta palabra servía de norma para él y para sus compañeros. Ya en Alcalá no habían aceptado nada por sus trabajos apostólicos y la gratuidad había sido uno de los firmes propósitos del voto de Montmartre. El principio se conservó inmutable en las Constituciones de 1541 y en las Constituciones definitivas de la Orden. Como motivos Ignacio enumera

las dos razones "apostólicas" de la edificación y de la libertad con lo que se quería indicar el buen ejemplo en el sentido de la reforma de la Iglesia y la independencia de los que pagaban por los ministerios. Como General de la Orden cuidó con severidad inexorable de que se pusiera en práctica la gratuidad. Pero la renuncia a estipendios y honorarios sólo era posible porque, de ordinario, el pueblo daba suficientes limosnas para el sustento. Mientras más se renunciaba al pago por los ministerios, tanto más fácilmente daban limosnas voluntarias. Y, al revés, se daba tanto más el deber de la gratuidad de los ministerios, cuanto más se podía vivir de las limosnas ordinarias.

d) *"Vita communis"*

De la renuncia a la propiedad privada resultaba que los compañeros tenían que tener todo en común. Las formas concretas de esta "vita communis" las tomó Ignacio de la tradición antigua. Nadie podía tener nada ni disponer de nada. Al contrario, debía contentarse con lo que era común a todos. Lo que aún necesitaba el individuo particular podía procurárselo sólo en dependencia de los superiores. Este tenía que responder con discreción a las necesidades de las diversas personas y circunstancias. Porque Ignacio sabía de la historia de las Ordenes antiguas que en este campo de la "vita communis", con mucha rapidez se pueden introducir subrepticamente anomalías que llevan a la destrucción total de la pobreza, insistió con gran severidad en la observancia de estas reglas.

e) *Estilo de vida común*

Hay que distinguir de la "vita communis" la "ratio vivendi in exterioribus communis", el "estilo de vida medio". Este principio característico de los clérigos regulares significaba la acomodación - en vestido, alimentación, habita-

ción y todas las demás cosas exteriores - al estilo de los "sacerdotes honestos" de la región en que residían o, más en general, simplemente a las costumbres de la nación donde vivían. Por esta libertad de todas las "observancias" Ignacio quería poner en seguro la movilidad y el empuje de su Compañía que así se podría adaptar mejor a las diferentes personas, sitios, tiempos y circunstancias y evitar barreras innecesarias entre el pueblo y el trabajador apostólico. Además, por una cierta "aurea mediocritas" en el estilo de vida, se conservaba en buen estado la fuerza y la salud de los compañeros por la entrega apostólica en el servicio de Dios.

Ignacio daba también mucha importancia a que tuvieran los medios de trabajo necesarios; por ejemplo: para el estudios, pues en eso veía instrumentos del servicio de Dios.

Aunque el "estilo de vida común", a primera vista, más bien podía aparecer como una mitigación de la austeridad en la pobreza, sin embargo, por la alusión a los "honesti sacerdotes" contenía también un elemento importante de la pobreza: el estilo de vida modesto, equilibrado, sencillo con una cierta inclinación a acomodarse en todo a la verdadera pobreza. Precisamente contra un posible equívoco, que en nombre del "estilo de vida común" renunciaba a la pobreza por cualquier "ventaja" apostólica, Ignacio ha insistido ahincadamente en la humildad y la pobreza.

f) Estilo de vida pobre

A la pobreza ignaciana pertenecía también una cierta medida de privación real. Con esto se aludía, en primer lugar, a soportar la necesidad no buscada ni impuesta por las circunstancias. Casos de estos podían venir fácilmente ... Al principio, también en Roma no rara vez faltaban las cosas más necesarias, y, en los últimos años de la vida de Ignacio, reinaba en las casas romanas de los jesuitas una situación de emergencia ininterrumpida y que se hacía cada vez más agobiadora.

Pero, incluso independientemente de tales situaciones de emergencia y necesidad no buscadas, Ignacio quería que su Compañía conservase un cierto estilo de vida pobre y sin pretensiones. Varias veces se insisten en las Constituciones en la exclusión de todo lo superfluo: alimento, vestido, habitación debían ser como conveían a la pobreza; los viajes había que hacerlos a pié y sin dinero. De ningún modo entendía Ignacio como pobreza la pura dependencia de los superiores en el modo de usar las cosas terrenas de un modo "magnífico", sino que para él pertenecía a la pobreza una cierta indigencia real y de buen genio que tocaba el ámbito de las necesidades personales, pero no el ámbito de aquellas cosas necesarias para la eficiencia apostólica. Sin duda que aquí hay una tensión en la concepción ignaciana de pobreza, tensión que tiene siempre el peligro de renunciar, en la práctica, a uno de los dos polos, poniendo el énfasis real sólo en uno de ellos. Pero también aquí se muestra en qué medida mínima la pobreza ignaciana sea una magnitud inamovible, que tiene que determinarse de nuevo para cada tiempo, cada sitio y cada persona.

g). Servicio a los pobres

Un modo auténtico de ejercitar la pobreza era para Ignacio el servicio a los pobres, aunque esta forma de pobreza sale perdiendo ordinariamente en las descripciones de la pobreza de la Compañía de Jesús. Desde el comienzo de su conversión Ignacio ha sentido una cercanía a los pobres y despreciados. Regaló a un mendigo sus vestidos distinguidos. En Manresa vivía en medio de los pobres en el hospicio de pobres, mendigaba con ellos y para ellos y los servía. En Barcelona y Alcalá, a menudo, daba a los más pobres que él lo poco que conseguía. La pobreza para Ignacio tenía, por tanto, también la función de la "caritas". También en París sostenía con sus limosnas a estudiantes pobres, sobre todo aquellos que trataba de ganar para su ideal. La regulación de la pobreza en Aspeitia que llegó a hacerse con la colaboración de Ignacio, da un testimonio excelente, tanto de su amor a los pobres como de su sentido social práctico.

Que los compañeros estaban animados del mismo espíritu lo muestran su servicio a los pobres en Venecia en 1537 y la generosa ayuda a los pobres en el año de hambre en Roma, 1538-1539.

Las Constituciones preveen también para el Orden como tal la pobreza en la forma del servicio a los pobres y enfermos. El experimento del mes de hospital es una "probación", pero al mismo tiempo un modo de hacer un auténtico servicio a los pobres y enfermos... Al entrar a la Orden se le aconsejaba al novicio renunciar a sus bienes, no a favor de sus parientes, sino de los pobres. De los "bienes estables" regalados a la Compañía pero no utilizables, había que despojarse en favor de los pobres dentro o fuera de la Orden. Pertenecía, además a este servicio a los pobres también el trabajo apostólico directo con ellos; por ejemplo, por medio de la enseñanza del catecismo a los niños totalmente ignorantes en materia religiosa de las clases menos privilegiadas y que Ignacio los tenía en el corazón. Además Ignacio fue el iniciador de diversas obras de carácter social y caritativo en Roma.

h) Predicación de la pobreza

Aunque la predicación de la pobreza o el ganar adeptos para el ideal de la pobreza evangélica no es propiamente una forma del ejercicio de la pobreza, sin embargo, representa una confesión-adhesión a la pobreza y así forma parte de la imagen total de la concepción ignaciana de pobreza. Ignacio y sus compañeros no se contentaron con vivir ellos mismos voluntariamente la pobreza, también buscaban mover a otros a la elección de la pobreza voluntaria. Lo que en la contemplación de las Dos Banderas, Cristo encarga a sus siervos, Ignacio lo consideraba como dirigido a él mismo: "que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza spiritual, y si su divina magestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual" (E. 148). Así, en el fondo, Ignacio guió a cada ejercitante al secreto de la pobreza evangélica en el seguimiento personal del

Jesús hecho pobre por nosotros. La pobreza aparecía como el principio y fundamento de la vida cristiana perfecta, y con razón también de la vida religiosa. También en aquellos que ya no tenían la posibilidad de hacer una "elección de vida" la reforma se encaminaba esencialmente al recto uso de los bienes. Cuán en serio tomaba Ignacio el ganar a otros para la pobreza evangélica lo muestra el hecho de que Ignacio puso esto expresamente como un motivo para la pobreza de las casas profesas: cuando uno vive pobremente puede mover mucho más fácilmente a otros a la pobreza. Por eso no puede admirar que Ignacio en sus cartas, a menudo, da consejos sobre el uso correcto de los bienes temporales; por ejemplo, cuando le sugirió a uno hacer un buen testamento; es decir, en bien de los pobres, o cuando exhortó a un clérigo a no donar las rentas de su prebenda a sus parientes, sino aplicarlos a causas piadosas. No tuvo miedo de amonestar a un hombre como Caraffa, claro que en tono humilde pero inequívoco, haciendo alusión a Francisco y Domingo a no ir mejor vestido y a no vivir mejor que sus hermanos de religión.

Los primeros jesuitas no eran menos celosos de su maestro en este punto. Su entrega y su contribución a la reforma de las Ordenes es conocida, y una parte no pequeña de esta reforma consistió en llevarles de nuevo a encontrar el espíritu originario de la pobreza.

3. LOS VALORES BIBLICO-TEOLOGICOS DE LA POBREZA IGNACIANA

Para completar y profundizar los motivos y las formas de pobreza, hay que investigar ahora su valor bíblico y teológico. En el contexto de nuestro trabajo no se puede dar un esquema, más o menos completo, de la doctrina bíblica de la pobreza. Algunas indicaciones bastarán.

a) *La pobreza ignaciana
a la luz de la Biblia*

Ignacio se apoya en la Biblia para su pobreza. Este apoyarse en la Escritura es correcto? En qué sentido se puede hablar de la pobreza de Jesús? En qué sentido se puede hablar de un seguimiento en pobreza de Jesús?

1. Jesús pertenecía, desde el punto de vista sociológico, al estrato de los "pobres". Vino al mundo en la penuria más grande: en un establo. Se le puso en un pesebre, pues en el albergue no había sitio para sus padres (Lc. 2, 7.12.16). Pero ciertamente esta necesidad extrema no fue por la pobreza material de José y María, sino como una consecuencia de las circunstancias extraordinarias del nacimiento de Jesús. Al presentarle en el templo presentaron sus padres la ofrenda de los pobres (Lc. 2,24; ver Lev. 12,8). En Nazareth Jesús se ganó su pan como simple trabajador (Mc 6, 3: τέκτον), llevó, por tanto, una vida sencilla de la gente sencilla, que tienen que trabajar para poder vivir. Pero en qué medida contenía privaciones la escasez? Durante su vida pública no ejerció ningún oficio para mantenerse, en lugar de esto vivía en casa de sus discípulos (Mt. 8, 14-15), de amigos (Marta y María: Lc. 10,38) o de la hospitalidad de sus oyentes, que le invitaban a comer (Mt. 9,10; Mc. 14, 3; Lc. 11,37 y 14,1). En su peregrinaje le sostenían mujeres piadosas con sus bienes (Lc. 8, 1-3); cuando Jesús dijo de sí mismo que no tenía sitio donde reclinar su cabeza (Mt. 8,20), significaba más el nomadismo causado por las persecuciones, el tener que ir de un sitio a otro, más que la penuria material. Ciertamente que en la cruz Jesús estuvo despojado de todo, pero esta pobreza del "Ajusticiado" estaba en un plano muy distinto que el de la clase social. Por eso, cuando se dice que Jesús nació, vivió y murió pobre, hay que distinguir. Para la pobreza de mendicidad de que hablaba la espiritualidad de la Edad Media no se puede traer ninguna prueba de la Biblia.

2. No sólo pertenecía Jesús a la clase social de los pobres, sino que él mismo era un "pobre", en el sentido de la espiritualidad judía de pobreza postexílica: El mismo se llamó "deseoistizado y humilde de corazón" (Mt. 11,29), que estaba muy cerca del "pobre en espíritu" (Mt. 5,3). Los pobres pertenecían también a su medio. Las figuras de las narraciones de la infancia de Lucas son anawim: María, José, Zacarías, Isabel, los pastores, Simeón, Ana. Toda su vida estuvo rodeado de trabajadores de campo, pescadores, mendigos, viudas y enfermos. El mismo vió su tarea en llevar la "Buena Nueva a los pobres" (Lc. 4, 16-21; 7, 18-23) y su primera bienaventuranza fue para los pobres (Mt. 5,3; Lc. 6,20).

3. Pero más importante que la realidad de que Jesús fue pobre es para nosotros la pregunta de por qué fue pobre.

Pablo habla expresamente sobre esto dos veces:

2 Cor. 8,9 está en conexión con la colecta para la comunidad de Jerusalén. Paulo exhorta a los corintios a contribuir con algo de su superabundancia para los hermanos en necesidad de la comunidad primitiva de Jerusalén. Para dar fuerza a su argumento menciona dos ejemplos: a) las comunidades de Macedonia; b) el ejemplo del mismo Jesús: "Conocéis el don de amor de Jesucristo, Nuestro Señor, cómo siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que seáis ricos con su pobreza" (2 Cor. 8,9). Puede que esta afirmación no sea hecha en el sentido financiero, pues Jesús no ha tenido jamás riquezas; más bien quiere expresar Pablo con esto que el Hijo de Dios, en su encarnación, se ha despojado de sus privilegios divinos para hacernos participantes en su riqueza divina. La razón es mencionada expresamente: di'hymas, es decir, por amor a los hombres. La consecuencia extrema de la pobreza es la cruz.

El texto de Fil. 2, 6-8, aclara ulteriormente. También aquí Pablo pone el ejemplo de Cristo ante los ojos. Exhorta a los filipenses a tener el mismo modo de ver las cosas, a alimentar el amor, a no pensar en el propio provecho, sino a pensar como Jesucristo: "Pues El que tenía el modo de existir de Dios, no pensó en aprovecharse de su divinidad, sino

que se anonadó. Al tomar forma de siervo se nos hizo semejante y se comportó en todo como un hombre; se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz." Si en el texto de los corintios se decía que era "rico", aquí se usa la expresión "morphé Theou", y con esto se expresa ... la visibilidad de la gloria de Dios a la que el Encarnado hubiera tenido derecho. Cristo no se ha aferrado a este derecho sino que se vació y apareció en la forma-figura de siervo, hasta llegar a la muerte reservada a los esclavos. Por la kenosis que dió forma a todo su ser, se hizo igual a los hombres, hasta a los más insignificantes y últimos. El motivo para la kénosis no se lo menciona expresamente en este pasaje, pero por la alusión a la muerte de cruz a Isaías 53 está claro. Jesús lo ha hecho por nosotros; es decir, por amor a los hombres. La pobreza de Jesús, por tanto, no hay que tomarla como estoicismo o desprecio del mundo. Detrás de la renuncia a los bienes materiales está la renuncia a las ventajas personales y esto, como una expresión de su amor a los hombres, como signo de su "solidaridad" con los hombres. "El misterio de la pobreza, es un misterio del amor. Si El renuncia a toda ventaja personal, lo hace sólo a causa de los hombres que quería salvar. Su amor a ellos le llevó a humillarse. Por eso Pablo deduce su enseñanza sobre el amor de hermanos de este pensamiento de la pobreza de Cristo. La pobreza de Cristo enseña a los cristianos el auto-olvido, que hace posible amar a sus hermanos de verdad" (DUPOND, J., *Les Béatitudes*, 2 tomos, Paris 1969, I, 328). Por tanto, Cristo no se ha hecho pobre a causa de la pobreza, sino a causa de los hombres, a quienes quería mostrar de este modo su amor que salva. Por tanto, la pobreza de Cristo es un aspecto secundario de su amor a los hombres.

4. Pero no sólo Jesús ha sido pobre. Ha llamado también a otros a la pobreza. Pero también aquí uno se debe cuidar de exageraciones semejantes a aquellas sobre la pobreza. Jesús no dirige a todos las mismas exigencias. Primero pide de todos los que creen en El el distanciamiento interior de las riquezas; es decir, de amontonar bienes y - cuando la salvación está en peligro por esto - su renuncia

(Mc. 10, 23-27; Mt. 13,22; 6,24). Sobre todo Lucas, entre los evangelistas, hace hincapié en los peligros de las riquezas, y todo su evangelio se distingue por una actitud hostil a los ricos y una actitud benévola a los pobres. La aplicación correcta de las riquezas consiste en su uso en favor de los pobres por beneficencia y amor del prójimo (Mc 10, 21; Lc. 12,33; 14, 12-14; 16,9; Cfr. Mt. 25,40).

5. Fuera de estas exigencias válidas para todos los creyentes exige Jesús de algunos la pobreza afectiva; es decir, de los "discípulos" que El llama a un seguimiento más estrecho. De estos discípulos en sentido estricto, que son distintos de las multitudes que le siguen, de estos discípulos que le siguen y cuyo núcleo lo forman los 12 apóstoles, exige Jesús el abandono de su oficio (Mc. 1,18.20; 2, 12; Lc. 5,11), de su casa, sus bienes, su familia (Mc. 10, 28-30; Lc. 14,33) de toda atadura en general (Lc. 14, 26; 9, 59-60). En esta renuncia radical no se trata de una realización ascética especial, sino de condiciones del llamamiento para aquellos que son llamados por Jesucristo al servicio exclusivo del Reino de Dios y a su predicación. Este llamamiento exige la entrega de todo el hombre en la libertad más absoluta y, por eso, en la liberación de todas las otras ataduras. De aquí se entiende que los Apóstoles tengan que practicar de manera especial la pobreza durante sus misiones: no pueden tomar consigo ni pan, ni alforja, ni dinero, ni cinturón, ni dos túnicas (Mc. 6, 8-9). Pero según Marcos les estaban permitidos báculo y sandalias. Si Mateo 10, 9-10 y Lucas 10, 4-5 les prohíben sandalias y báculo, se trata probablemente de una radicalización que podría dar ocasión al equívoco que aquí se trata de un maximum y un minimum. De los discípulos se exige predicar gratis la Buena Nueva (Mt. 10, 8). Pero se supone que les sustentarán los creyentes (Mt. 10,10) lo que se facilitaba mucho por la hospitalidad oriental (Lc. 10, 7-8). A pesar de todo, este estilo de vida inseguro, de este predicar ambulante exige la medida más alta de confianza en el cuidado paterno de la Providencia (Mt. 6, 25-34) y la súplica de los discípulos por el "pan cotidiano" tiene aquí su *Sitz im Leben* (horizonte existencial) originario. La falta de medios de la predicación ambulante y apostólica no excluyó,

sin embargo, el que los apóstoles tuvieran una bolsa común (Jn. 12,6; 13,29) y que se compraran los alimentos más necesarios (Jn. 4,8).

6. Con la muerte de Jesús se extinguió el "seguimiento" en sentido estricto, pero los apóstoles que tenían que predicar el Evangelio y algunos círculos de creyentes intentaron, al menos en puntos determinantes, continuar el estilo de vida del "seguimiento de Jesús". "Todos los que creían, estaban estrechamente unidos y tenían todo en común" (Hechos, 2, 44-45; Cfr. 5, 32.34). Las Ordenes posteriores han visto en estas "narraciones sintéticas" de los Hechos de los Apóstoles el prototipo de la vida común monacal. Pero en realidad, aquí se quiere significar que los ricos se preocupen de veras por los pobres, que pongan sus bienes, en el sentido del Evangelio, al servicio de la "koinonia" fraternal y del amor del prójimo.

7. Muy ejemplar es finalmente, cómo Pablo Apóstol ha ejercitado en sí la pobreza apostólica. Personalmente no tenía nada (2 Cor. 6,10). Sabía que estaba permitido vivir del Evangelio (1 Cor. 9, 11.12.14), pero no lo utilizaba siempre (1 Cor. 9, 12b): de ordinario vivía del trabajo de sus manos (Hechos 18, 3; 20, 33-35; 1 Cor. 9,6; 1 Tes. 2, 9). Sus motivos para estos eran apostólicos: "Sin embargo, no hemos hecho uso de este derecho, sino que todo lo soportamos para no poner ningún obstáculo a la Buena Nueva de Cristo" (1 Cor. 9,12). Además quería dar un ejemplo a los demás a que tuvieran en cuenta a los más débiles (Hechos 20, 35) y no dar ocasión a sus enemigos a que se burlaran de él (2 Cor. 11,12). Finalmente quería evitar ser una carga para alguien (1 Tes. 2,9; 2 Tes. 3,8). Ocasionalmente recibía también ayuda, pero nunca de la comunidad donde trabajaba (2 Cor. 11, 8-9; Fil. 4, 15.16.18). Así, a primera vista, la pobreza de Pablo parece menos austera que la de los apóstoles en el Evangelio. Pero, en realidad, en el trabajo asalariado del apóstol, por causa del apostolado, hay una agudización de la pobreza.

De este corto vistazo sobre la pobreza en el Nuevo Testamento se hace claro que la pobreza ignaciana en sus motivaciones principales descansa sobre un fundamento bíblico. Ignacio se vió a sí mismo y a su Orden llamados a participar en la misión salvífica de Jesús, que se tenía que extender a todos los espacios y tiempos más allá de los apóstoles y de la Iglesia Jerárquica. Por eso podía entender su pobreza como un seguimiento del Jesús hecho pobre por nosotros y de los apóstoles enviados a misionar en pobreza. Su pobreza era apostólica en el sentido pleno del Evangelio: totalmente determinada por la misión salvífica y motivada en último término por el amor a Dios y a los hombres necesitados de salvación. Porque se creía llamado al servicio exclusivo del Reino de Dios y al anuncio del Reino, tomó aquel modo de vida y con él aquella pobreza que el mismo Jesús y los apóstoles y discípulos llamados y enviados por Él habían ejercitado. Para estar lo más disponible posible para el servicio de Dios, quería estar libre de las ataduras de los bienes, la familia, etc. A esto correspondía por otro lado, la confianza de que Dios daría todo lo necesario a su siervo.

También en las formas concretas de pobreza Ignacio quería seguir el ejemplo del evangelio: en la renuncia a sus bienes, en la comunidad de bienes, en la gratuidad de la predicación, en vivir de los dones de aquellos a cuyo ministerio espiritual había sido enviado, en la "vida común" (que correspondía totalmente al estado de vida de Jesús y sus discípulos, en contraposición a Juan el Bautista y sus discípulos, en el servicio a los pobres. Sin embargo, Ignacio veía estas formas de pobreza a la luz de la tradición (prevalentemente franciscana). Esto vale sobre todo del men digar, para el que no se puede mostrar ningún fundamento bíblico. Ignacio ciertamente no llegó a pensar en la posibilidad de ganarse la vida por un trabajo (extraministerial o extraapostólico) para entonces poder otorgar verdaderamente gratis los dones espirituales. En la situación eclesial de entonces tal vez esto no era ni posible ni necesario.